

El hombre despertó protegido del sol por las palmeras. Miró los altos troncos y entonces construyó un muro también alto y aprovechó su sombra. El hombre que más tarde sería llamado Rey alzó detrás del muro columnas incontables y techos decorados. Competía su creación con el bosque infinito en el que se inspiraba.

Vinieron desde lejos viajeros y colonos a admirar los salones de aquel templo, palacio, mezquita, santuario. De aquella construcción modelo de otras tantas copiadas por el mundo. El Rey amó a su esposa y crecieron sus hijos. Caminaba orgulloso bajo su larga obra a la que cada día añadía algún detalle.

Mucho tiempo después, el viento del desierto alcanzó inesperado aquellas tierras, cubriendo las palmeras, destrozando las hojas y sepultando oasis debajo de sus manos. Todos los moradores del palacio acabaron marchándose. Todos menos el Rey. Y cayeron los techos doblados por el peso de la arena. Tan sólo algunos muros, algunas piedras, separaban al hombre del desierto.

Entre columnas rotas el hombre aún observaba una última palmera a través de la puerta. Interior y exterior se asemejaban. Y mientras vigilaba, los ojos se cansaron de nuevo por el sueño. Inundados de sol hasta dormir.